

EL COMERCIO.

Año XXXVII.

Jués 12 de Octubre de 1876.

Año 11973.

CADIZ 12 DE OCTUBRE.

Por un conjunto de circunstancias mas ó menos inesperadas, van á encontrarse juntos en Cuba los mismos dos ilustres generales que tuvieron la gloria de iniciar en la península la restauración de la monarquía legítima, y que luego tuvieron tambien la de acabar con la guerra civil en las provincias del Centro y de Cataluña.

Dios querrá que el éxito de sus patrióticos esfuerzos sea tan feliz en Cuba como lo fué antes en España. Difícil es sin duda alguna la empresa que van á acometer; pero jera fácil por ventura la que se presentaba ante su vista en Diciembre de 1874? Y sin embargo, la emprendieron, y la llevaron á buen término, y el país pudo aclamar sus nombres, saludando en ellos á los restauradores de la dignidad, de la honra, de la libertad y de la paz de nuestra patria.

El valiente Martínez Campos, consecuente con las nobilísimas tradiciones de su carácter, ha puesto á gran altura, una vez mas, su bien ganada reputación, como militar modesto y bizarro. Lleno de abnegación y patriotismo, ha prescindido por completo de su alta categoría en la milicia, para ir á dirigir la campaña en una provincia española, cuya primera autoridad tiene menor rango en el ejército. ¿Cómo habian de haber en un corazón tan grande como el suyo, los celos, las rivalidades, la emulación, el amor propio de los espíritus vulgares? ¿Quién piensa—se habrá dicho á sí mismo Martínez Campos—quien piensa en cuestiones de rango ó categoría, cuando el Rey y la patria necesitan de nuestros servicios?

Deja aquí una posición altísima, cómoda y tranquila, en la que goza del prestigio é inspira la consideración y el respeto a que le dan derecho sus eminentes servicios, y cambia todo esto por un mando militar en el que han fracasado tantas reputaciones, por un puesto de honor y de peligro en el que hay que hacer frente á la astucia de un enemigo invisible, que está siempre en el punto donde menos se le espera, para sorprender un destacamento, para atacar un convoy, para conseguir por sorpresa alguna de esas ventajas que nada arguyen contra la capacidad y la táctica de los buenos generales, pero que dan aliento á la insurrección y prolongan los males consiguientes á una lucha desolada, tan infecunda como ruinosa.

De todo esto prescinde el general Martínez Campos para ir donde su deber le llama, donde hace falta el empuje de su brazo y de su espada, á fin de defender y salvar, contra incógnitas rebeliones, el honor inmaculado de nuestra bandera.

Y digna y leal es tambien la conducta del bravo general Jovellar, que renuncia á lo que puede haber de más glorioso en la campaña de Cuba, el triunfo militar, para reservarse exclusivamente la parte menos brillante quizás, que es el gobierno político y civil de la isla, con las dificultades inmensas de la cuestión económica.

Hay aquí una lucha, una competencia de abnegación y patriotismo que parece augurar los mas plausibles resultados en la campaña que va á inaugurarse, tan pronto como lleguen á la Habana los poderosos refuerzos que envía á aquel ejército la madre patria.

Los batallones expedicionarios que

no han marchado ya, se dirigen á los puntos de embarque, apenas terminado el sorteo que acaba de verificarse en todos los cuerpos de la península, sorteo que, aun tratándose de 6.000 hombres solamente, no se atrevió á hacer el último y el más fuerte de los gobiernos de la revolución, apesar de pedirlo encarecidamente desde la Habana el general Concha.

Pero la España de la monarquía, la España de Alfonso XII se distingue, y es natural que se distinga en esto, como en tantas otras cosas, de la España revolucionaria. Pocos ejemplos habrá de un esfuerzo tan colosal como el que, en hombres y en dinero, hace hoy el gobierno que rige los destinos de nuestro país para devolver á Cuba el bien inestimable de la paz. ¿Que Dios corone con el laurel de la victoria la obra que van á comenzar, bajo tan buenos auspicios, en nombre del Rey y de su gobierno, los generales Martínez Campos y Jovellar!

Hé aquí lo que en honor de ambos generales, y en honor tambien del gobierno y del país escribe *La Epoca*:

«Si en nuestro país la pasión política dejara á la justicia el lugar que le corresponde, no deberíamos escuchar sino aplausos entusiastas, tanto para el general Martínez Campos, que atraviesa los mares con el sólo objeto de hacer la guerra en un clima poco saludable, como para el general Jovellar, que acoge con entusiasmo el nombramiento del ilustre general, felicitándose de que, unidos otra vez é inspirados por el mismo espíritu, contribuyan á salvar á Cuba y á librarla del azote de la guerra.

Es verdaderamente un espectáculo consolador en medio de tantas miserias como nos afligen, el de esos distinguidos jefes, que abdicán toda idea de gerarquía para aceptar cada cual la misión que el gobierno le señala, concurriendo juntos á la noble empresa de librar á la hermosa isla de Cuba del baldón de que unos cuantos miles de desalmados se amparen de la despoblación del terreno y de la espesura de los bosques para mantener ecarbolada una bandera de guerra que no han sabido sostenerse en población alguna.

Pero nada tiene de particular que esos patriotas generales hayan ofrecido tan alto y plausible ejemplo, cuando el gobierno, no cicatrizadas todavia las heridas de la guerra civil, que tuvo la gloria de concluir, se presta á un supremo esfuerzo contra la insurrección de Cuba, trasladando en bandera española 24.000 hombres y suministrando 300 millones de reales para mantenerlos, y consiguiendo que al lado del acreditado é inteligente administrador y organizador capitán general de la isla vaya el bravo general que con él compartió la gloria de pacificar el Centro y pacificó á Cataluña y tuvo tan gloriosa parte en la conclusión de la guerra, vaya, repetimos, á descargar al gobernador general de una parte de sus tareas.

En España no se concebiría que el ministro de la Guerra fuera al propio tiempo general en jefe y encargado de operaciones militares: ¿por qué lo que aquí no sucede hemos de pretenderlo en Cuba? El general Jovellar acabará de reorganizar la isla, que no es empresa baladí ciertamente; terminará la cruzada contra la inmoralidad, impedirá que los recursos del presupuesto se esterifiquen, y entretanto, consagrado exclusivamente al mando de las tropas el general Martínez Campos, la guerra cobrará el impulso que tan bizarro jefe es capaz de darle.

En este asunto ministerio y generales han merecido bien de la patria. En la sabrá agradecerlo.»

LJERAS CONSIDERACIONES.

En la poética sobre marina, que inició *La Epoca* dias pasados, creemos que se divaga lamentablemente.

Por lo mismo que el País entiende poco de ella; por lo mismo que solo algunas individualidades pueden ocuparse con la inteligencia necesaria en tan trascendental cuestión, creemos que ha habido inoportunidad y ligereza al abordarla, y que acaso no sea el pensamiento y deseo de su mejora y adelanto el que más respaldanza en observaciones y deducciones que han revestido á veces un carácter agresivo é inconveniente.

Deploramos ardientemente el atraso de nuestro material flotante: éste existe, ¿a qué negarlo? pero ni es tan absoluto como ha querido presentarse, ni deba atribuirse al personal que hoy se halla encargado de la gestión directiva de la marina la responsabilidad de él; no hay que olvidar nunca que ésta, en los momentos en que la honra nacional confió á su esfuerzo la solución de determinadas complicaciones, respondió á tal confianza cumplidamente, y acaso con exceso, en relacion á los medios de acción con que contaba, exigidos casi siempre y deficientes.

La campaña del Pacifico, epopeya gloriosa para nuestra marina, demostró hasta la saciedad, con orgullo de la Patria, que no se han perdido ni hervado en ella nuestros hombres de mar: la defensa del arsenal de la Carraca, la escuadra mágicamente organizada por el contra-almirante Sr. Lobo, en tenaz lucha con elementos contrarios al restablecimiento de la disciplina y el orden, prueban que no ha desmayado en ellos el espíritu de actividad y trabajo que todo lo salva: nuestros constantes cruceos en Cuba, llenando un servicio penoso é incesante con escasos y malos buques; nuestra expedición á Joló, rápidamente organizada; la pronta reparación en nuestros arsenales de barcos que se creían inservibles, y que hoy oportunamente se utilizan; el alistamiento rápido en el de Cádiz de una respetable expedición de transporte que pondrá en veinte dias sobre el suelo de nuestra rica Antilla siete ú ocho mil defensores de su integridad, ¿denuncian por ventura postración ó enervamiento?

Pues esto se ha llevado y lleva á cabo con pobres y limitadísimos recursos. Ciertamente la artillería, blindaje y material en general, no están á la altura de los adelantos en la época que atravesamos, pero no se deja de estudiar en ellas, y su resolución, no pronunciada aún por naciones de mayor importancia marítima que la nuestra, exige sacrificios pecuniarios que nuestra actual situación financiera nos obliga á aplazar para dias de mas honra y tranquilidad.

La cuestión de torpedos, capital para las naciones marítimas, difícil en las de escasa riqueza, se examina detenidamente en la actualidad por iniciativa del ministro del ramo; á la misma se debe la formación de una pequeña escuadra de instrucción, ya decretada, fundamento y base de la instrucción militar y marinera, á la que el tiempo y las circunstancias darán ensanche y vida.

Las cuestiones de arreglo en el personal que manda y dota nuestros buques, complicadas de suyo y sujetas á las necesidades de los tiempos, se resienten, á no dudarse, de la época agitada y azarosa de que apenas hoy salimos; pero en períodos que casi pueden llamarse de reconstrucción social, ¿querrá exigirse la difícil solución de problemas, arduos aun en los normales y tranquilos? Buena fé y buen deseo en todos; esfuerzos para conseguir recursos con que atender al engrandecimiento de la marina, los que hoy por necesidad han de ser costosos, utilizando, mientras los allegamos, el material que hoy poseemos, del mejor modo posible, es lo que necesitamos. Padece grave error los que suponen inerte en los individuos de nuestra armada el espíritu de mar: podrá hallarse adormecido, pero despertará rápida, y va despierta á la excitación y celo de una dirección prudente y sostenida.

Estúdiense leyes para levantar los alientos de su personal, que hoy lastiman consideraciones á este lugar ajenas, y lamentables medidas que obedecieron á exigencias á las que la marina acaso fué más que nadie extraña, y cambio ya más dilatada la esfera de acción y re-

ursos del país pueden tener fundamento, del que hoy carecen, ciertos cargos; denúnciense en buen hora sus necesidades y sus defectos; pero con templanza y sano deseo; no buscando con acosaciones que á nada conducen y que nada remedian, llevar á polémicas, de donde deba salir la luz, el espíritu de acritud é intransigencia que las envenena y oscurece. (El Tiempo.)

Continúan las juntas generales de Vizcaya dando espectáculos poco conformes con la armonía de los padres y procuradores de aquella provincia. Hé aquí cómo reseña *El Noticiero Bilbaino* un incidente surgido en la sesión del día 6 del actual:

«Triste es en verdad el espectáculo que para Bilbao ofreció ayer la junta de Vizcaya.

Puesta sobre el tapete la importantísima cuestión del arreglo parroquial, usaron de la palabra en pró y en contra varios de los individuos que pertenecían á cada uno de los dos grupos en que se hallaba dividida la comisión respectiva. Pero ni la elocuencia del Sr. Balparda, ni el terrorífico cuadro del hambre retratada en el rostro del sacerdote vizcaíno, que tan bien supó pintar ante los ojos de la asamblea el apoderado por Valmaseda, ni la diplomacia del consultor de la diputación Sr. Lecanda, bastaron á contener á la mayoría de los representantes del país que, interrumpiendo la palabra de los que á sus sentimientos se oponían, gritaban: «A votar, á votar.»

Se votó al fin. La mayoría de los apoderados de las parte rural de la provincia acudían á la mesa presidencial depositando su voto para que no se satisfagan sus haberes al clero interin el arreglo no se lleve á efecto, y al corresponder su turno al pueblo de Bilbao, los labios del Sr. Villabaso pronunciaron las siguientes palabras: «Bilbao, empatado.»

Por consiguiente, los apoderados por Bilbao estuvieron en desacuerdo sobre este punto tan importante.

¿Qué contraste!

Por 64 votos contra 37 acordaron las juntas suspender el pago de los haberes del clero de Vizcaya, hasta tanto que se aplique el Concordato.

Desmiente *El Diario Español* que, como ha dicho *El Parlamento*, el gobierno tenga propósito de disolver las Cortes.

«Lo que sí sabemos es, añade que el gobierno no ha pensado ni remotamente en semejante proyecto, ni tiene motivo alguno para presumir que en los Cuerpos colegisladores ha de encontrar los obstáculos que algunos esperan, ni necesita cohibir el ánimo de nadie con amenazas de ese género. *El Parlamento* y sus amigos serán, sin duda, los que necesiten apelar al inocente recurso de inventar esas especies para minar el prestigio del gobierno. Les advertimos que pierden el tiempo.»

La Iberia se declara definitivamente, y despues de haberlo pensado, por la Constitución del 69. Sea enhorabuena.

Un tanto amoscado *El Parlamento* ante la actitud de *La Iberia*, le dispara á quemar ropa estas preguntas:

«Si el partido constitucional fuese llamado al poder, ¿gobernaría con la Constitución de 1876? ¿Sí ó no?

¿Pretendería reformarla? ¿Sí ó no?»

Sospechamos la contestación.

El señor duque de la Torre ha sido visitado despues de su regreso á Madrid por sus amigos que deseaban enterarse del estado de su salud, un tanto quebrantada por una ligera dolencia.

